

PRIMERA MISA de Robert Yency Rodríguez

Tengo que confesarles que en mis ya casi 25 años de sacerdote, es la primera vez que me encuentro en una ocasión como ésta: pronunciando la homilía de la primera misa de un compañero. Gracias Robert por concederme esta nueva experiencia, que acepté con mucho gusto, pero a la vez te comento que me siento nervioso; pues quiero compartir con ustedes en esta oportunidad este don tan especial que es el sacerdocio que recibimos de la Iglesia para servir al pueblo de Dios, y lo quiero hacer desde mi experiencia y vivencia personal, desde lo feliz que he sido siendo sacerdote, desde mi testimonio, desde mi fe.

Robert, ayer fuiste ordenado y ungido por la fuerza y la gracia del Espíritu Santo como sacerdote, después de un largo cultivo de tu vocación cristiana y de tu vocación a la Compañía de Jesús. Hoy celebras tu primera misa, tu primera eucaristía con la comunidad, el signo que nos dejó Jesús de Nazaret para hacer viva su memoria entre nosotros, su palabra, sus gestos, su presencia activa en la comunidad de los que creemos en él.

Me ayudaré de las lecturas que escogiste para esta tu primera misa. Me comentabas que las tomaste porque en tu vida personal de discernimiento y búsqueda te han servido para orientar tu vocación de seguimiento al llamado de Jesús.

Ambas lecturas, la del Éxodo y el evangelio de Lucas 4, 16 nos ponen delante a dos hombres, que tienen la gracia de encontrarse con Dios, de escucharlo en medio de sus grandes dudas e incertidumbres; Moisés está escondido en el desierto, viene huyendo de la persecución de las autoridades de Egipto y la traición de sus hermanos. Jesús, en este relato del evangelio viene del desierto, de la soledad y el ayuno y viene de superar la tentación de complacer las expectativas de sus paisanos, de ser mesías como el mesías esperado, de ser puesto a prueba. Ambos, Moisés y Jesús, con sus dudas y temores, en la noche oscura, allí experimentan, conocen, oyen a Dios.

En ese encuentro, se encuentran con ellos mismos, con sus convicciones, con sus esperanzas y sus sueños. Se encuentran también con sus hermanos, que esperan y sufren. Moisés ve nuevamente como los egipcios oprimen a su pueblo, pero ahora con los ojos de Dios, al calor del fuego de la zarza ardiendo. Y Jesús hace tuyas las esperanzas y los anhelos de un pueblo que busca liberación porque está ciego, cautivo, oprimido, pobre.

Ese encuentro es también trascendencia, ampliando el horizonte de la vista y el anhelo del corazón. Ese encuentro es un “fuego que enciende otro fuego”, para utilizar la expresión del P. Hurtado, que amplía el corazón sacándolo del letargo, que abre la mente. Moisés recrea en su corazón la promesa de Dios a sus padres: “... he descendido para librarlos de mano de los Egipcios, y para sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel...”.

En el evangelio Jesús hace suyo el anuncio de Dios al pueblo que sufre mediante la boca de los profetas: "... Me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos, devolver la vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año de Gracia del Señor".

Tanto Moisés como Jesús al calor de ese encuentro y desde esa apertura a la trascendencia, que rompe las barreras de todo fatalismo, de todo inmovilismo, de todo límite que restringe posibilidades y oportunidades, son llamados a compartir la misión de Dios con la fuerza de su Espíritu. Ese llamado es el sustento su vocación, de su entrega, de su consagración. Lo hacen además muy conscientes de sus limitaciones: Moisés lo dice con estas palabras: "¿Quién soy yo para ir a Faraón, y sacar a los Israelitas de Egipto?"

La Compañía de Jesús, desde Ignacio de Loyola, entiende el sacerdocio como consagración para el servicio y la entrega, como consagración total y plena a la misión de la Iglesia al servicio del pueblo de Dios, en todas las formas y maneras que las circunstancias, tiempos y lugares nos lo indiquen.

Desde mi experiencia te digo que para ello es imprescindible:

- No descuides nunca tu relación de escucha y reverencia a Dios, mantén una familiaridad constante con la palabra de Jesús en el evangelio. Se como Jesús un buscador permanente de Dios. Cultiva tu relación de hijo que escucha al Padre y se hace hijo con su Hijo Jesucristo.
- El sacerdote es hombre de escucha y cercanía. La gente quiere que la oigamos y acompañemos, que compartamos, que estemos siempre a la mano. Si de algo tenemos que preocuparnos es que nuestro trabajo, ocupaciones y tareas no nos aíslen, no nos encierren.
- El rostro de Dios es misericordia. Si algo administramos en los sacramentos y en nuestras obras es la bondad y la gracia de Dios, si para algo nos busca la gente es para transmitir esa cercanía de Dios. Somos como Jesús "curadores de la vida" y poetas de la misericordia. Nuestro ministerio es el ministerio de la misericordia, de la compasión, de quien siempre es capaz de pararse en el camino como el buen samaritano para curar las heridas: Por eso nos quiere la gente y cuando dejamos de serlo nos lo reclaman con razón.
- Somos como Jesús defensores de la vida, de la dignidad de la gente. Nuestro sacerdocio nos hace conocedores desde adentro de la vida de la gente, de las necesidades sentidas, del dolor que padecen nuestros hermanos. De allí que la profecía forma parte de nuestro ministerio como algo que llevamos con nosotros.
- Compartimos con el Dios de la vida el afán por crear un nuevo cielo y una nueva tierra. Nuestro sacerdocio como jesuitas es para la misión, para crear junto a otros, nuevas oportunidades, especialmente entre los más pobres. Somos hombres para el trabajo y entrega al servicio de un sueño que nos trasciende. Recuerdo siempre un consejo del P. José María Vélaz, fundador de Fe y Alegría, cuando yo era un novicio de 19 años. Me dijo: "espero que en el noviciado los enseñen a ser jesuitas de la calle, a estar con la gente y sobre todo a soñar y hacer cosas. No nos sirven los jesuitas de escritorio." Yo

he tratado de ser fiel a esa inspiración porque me parece que recoge una intuición bien fundamental en la Compañía. Como decía el P. Nadal, uno de los Padres fundadores de la Compañía de Jesús: “nuestra casa es el mundo” o el mismo Ignacio que se llamaba así mismo el peregrino de Dios.

- En la Compañía de Jesús hacemos muchas cosas. Como jesuitas estamos abiertos y nos empleamos en muchas formas de servicio según nuestras disposiciones y capacidades, también de acuerdo a las necesidades y a lo que la Compañía entiende como sus tareas prioritarias. Hay, hubo y habrá jesuitas carpinteros, intelectuales, rectores, directores de colegio, investigadores, payasos.... etc. Lo importante será siempre preguntarse si eso que hago lo hago con el Espíritu de Jesús y en tu caso como una forma concreta de sacerdocio, es decir, de entrega de la vida, de consagración, de eucaristía que congrega a su pueblo para la liberación y la redención, como signo de la mesa que Dios sirve a su pueblo.
- Finalmente Robert, no te dejes abrumar por tus debilidades, por tus errores, por tus infidelidades. Tampoco por tus fracasos. Recuerda que somos pecadores pero llamados a seguir a Jesús. Recuerda siempre, como Moisés, que la misión no depende sólo de nuestras capacidades y bondades, es por sobre todas las cosas de Dios y a Dios pertenece.

Qué Dios te bendiga y en ti a todos nosotros, con los muchos dones que a través de tu ministerio le entregará a la Iglesia y a todo nuestro pueblo.